



Victoria Bermejo

FAN, LA NIÑA INVISIBLE

EL REGALO QUE CAMBIÓ SU VIDA



**alfaqueque
ediciones**

Colección ACEBUCHE

2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Director colección: Fernando Fernández Villa

“Fan, la niña invisible. El regalo que cambió su vida”

© Victoria Bermejo, 2017
© Alfaqueque Ediciones, 2017
Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>
<http://alfaquequeediciones.blogspot.com>

Ilustración de portada: Claudia Tremblay

Primera edición: febrero de 2017
IBIC: YFB
ISBN: 978 84 943869 4 7
Depósito legal: MU 67-2017

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Kadmos
Salamanca

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un acebuche (*Olea europaea sylvestris*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



Índice

Introducción	9
1. Ese extraño reflejo que cambió su vida	11
2. Los nervios de la primera prueba	31
3. La gran sorpresa	55
4. M. prepara un plan malvado	67
5. No siempre es fácil desaparecer	77
6. No me gusta que mi madre tenga problemas	97
7. Viajar sola lejos	107
8. Algunos sustos y juegos	123
9. Visitas agradables y amores	137

A Niki,
por sus estímulos continuos.

A Ramón Colomina,
que me insistió
en lo que me tenía que insistir.

Introducción

FAN, la niña invisible.
Cómo podría explicarte cómo es Fan, Fan Dal, una niña de once años, simpática, lista, que hasta hace poco vivía una vida normal como tú, pero que inesperadamente recibió un regalo que cambió su vida...

Está claro que si te regalan una bici o una *Play* te cambia un poco la vida, y que te hace muy feliz, pero si el regalo no es material, es mágico, se convierte en una de las más grandes sorpresas que se pueden tener. ¿Te imaginas?

Pues ya verás.

Te la voy a presentar a ella, a sus padres, a su amigo favorito, a su odiosa vecina, al hermano que no sabía que tenía y lo acaba de conocer. Y te voy a contar lo que vivió durante el momento más fantástico de su vida.

No te lo pierdas.

FAN DAL

Nació en invierno. Tiene doce años. Tiene una peca debajo del ojo izquierdo. Le gusta pegar la lengua a los cristales, escuchar escondida debajo de una mesa o en un armario las conversaciones de los mayores, bañarse y sobre todo pensar y observar. Se pregunta por qué vuelan los aviones y los pájaros, cómo se nace y por qué; desde pequeña le ha impresionado que el agua se convierta en hielo y también en vapor.

ELENA CHINCHILLA, su madre

Una mujer que nunca se ha casado, que trabaja desde el ordenador de su casa ideando inversiones en Asia, por eso lo hace siempre de noche. Es muy inteligente, pero está un poco loca, a veces le da por hablar cantando y a Fan le pone nerviosa.

JULIEN DAL, su padre

Vive en Alemania, porque es medio alemán y presenta un programa de televisión sobre cine. Lo ve todo como un plano cinematográfico y dice “esto es maravilloso” o “es una porquería”, no tiene termino medio. Le encanta viajar y, todos los fines de semana que puede, va a ver a su hija y a su mujer.

VIVO

Un niño gitano de trece años con una nariz gigante que va al colegio de Fan, cuando no se salta las clases. Vive en un taller de coches con su padre, que trabaja en un mercadillo y hace chapuzas en el taller. Le encanta enseñar a los gatos que rodean el taller a hacer sus necesidades en el váter y otras habilidades. Tiene trazos de domador.

M., la vecina

Una niña odiosa, que solo sabe odiar. Siempre está comiendo pipas o caramelos con forma de chupete. No soporta a Fan, pero sus madres son amigas y la madre de Fan siempre la invita a las fiestas, a merendar, porque no se entera. A M. solo le interesa hacer el mal.

JORGE CORTÉS, su hermano

Siete años mayor que ella, hasta ahora no sabía que existía, nadie le había hablado de él. Lo conoce en extrañas circunstancias. Es muy viajero. No soporta que nadie le diga lo que tiene que hacer. Se intenta inventar negocios, pero todavía no ha dado con el que le hará rico y, sobre todo, libre.

Ese extraño reflejo que cambió su vida

Fan vive en una ciudad ni grande ni pequeña, con una playa en la que la gente se baña incluso en invierno. Es tan bonita que siempre está llena de turistas haciendo fotos, especialmente a unas casas que parecen salidas de un sueño, retorcidas, con ventanas con forma de calavera y tejados con forma de dragón.

En la ciudad donde vive Fan es muy raro que nieve. Siempre hace bastante buen tiempo. Pero ese invierno era diferente. Hacía tanto frío que los gatos se metían en los motores de los coches recién aparcados para calentarse.

Y si el clima era diferente ese febrero, a Fan le afectó todavía más, pues cambió su vida para siempre.

Un sábado, inesperadamente, amaneció con la calle completamente nevada; parecía que no hubiera aceras ni árboles ni nada, todo se había vuelto blanco.

Fan, que dormía siempre con la persiana subida, cuando se despertó no se creía lo que veía. O lo que no veía. Era como un planeta diferente, todo borrado, todo del mismo color. Se sentó en la cama e hizo lo que hacía muchas mañanas, pegar la lengua al cristal frío para ver que forma aparecía después del chupetón, pero ese día le pareció que se lo inventaba, que era una idea nueva. Se formó un redondel perfecto y pensó que eso debía ser un copo de nieve.

Ver por primera vez la nieve debe ser alucinante, como ver por primera vez el mar.

Fan, cuando se emocionaba por algo, siempre pensaba en compartirlo con Vivo, que era más que un amigo, era un confidente, un compañero de juegos.

Vivo era un tipo muy especial, muy libre. Hacía siempre lo que quería, era simpático y muy rápido comentando las cosas. Su risa era muy original, porque se reía para adentro y daban muchas ganas de abrazarle cuando lo hacía. Vivía con su padre, pero casi parecían hermanos, pues su padre lo tuvo con catorce o quince años. El padre trabajaba todos los fines de semana en la venta ambulante, en mercadillos, y

él a veces lo acompañaba, aunque prefería quedarse amaestrando gatos. A Rififí, por ejemplo, le enseñó a cagar en el váter en muy poco tiempo y lo hizo sin chillar ni darle palos, únicamente repitiendo una frase con su voz profunda y clara: “Rififí, tienes que hacer tus cosas aquí”, y cuando lo conseguía le daba una aceituna rellena de anchoa. Su madre desapareció un día sin dejar rastro.

Fan y Vivo eran muy diferentes, tanto en el físico como en la manera de ser, pero se entendían de maravilla. Cuando estaban juntos no necesitaban a nadie más: lo pasaban bomba. Los dos iban descubriendo juntos todas las etapas de la vida y se lo contaban todo: las dudas, las penas y las alegrías.

Por eso, ese día tan especial, sobreexcitada por la nieve, lo primero que pensó fue en él. Saltó de la cama y rápidamente le pidió a sus padres permiso para ir a verlo, a hacer bolas de nieve con él.

Los padres de Fan los domingos dormían más que ella, a veces se quedaban toda la mañana en la cama. Su habitación tenía un ventanal de lado a lado y a través de él se veía toda la ciudad blanca. “Parece que estamos en Berlín”, fue lo primero que dijo

su padre, que había venido a pasar el fin de semana y que vivía en Alemania normalmente. Y su madre añadió: “Anda, corre con tu amigo, que este día no se te va a olvidar nunca”.

La puerta del taller donde vivía Vivo estaba abierta, se metió, no se oía nada, “¡Vivo, Vivo!”, gritaba, pero nadie contestaba. Vivo y su padre dormían al fondo de un taller mecánico, en un cuartucho, los dos juntos. Abrió la puerta y allí estaba Vivo durmiendo como un lirón, con todo el pelo por la cara. Se quedó mirándolo y pensó: existe el olor a cama. Levantó las sábanas, cogió un palito y empezó a hacerle cosquillas en los pies, siempre le despertaba así. Se incorporó como un resorte en la cama y dijo:

—Te quiero.

—¿Cómo dices? —preguntó Fan desconcertada, abriendo los ojos como platos.

—Nada, nada... que estaba soñando con una película que vi anoche...

—¡Ha nevado, ha nevado! Está todo blanco, vamos a jugar con la nieve, venga.

—Vale, perfecto, pero sal que me tengo que vestir y no quiero que me veas —Vivo dormía desnudo porque así se sentía más libre.

Fan le esperó en el taller mirando a su alrededor. Al principio de conocerle le chocaba el desorden, que todo estuviera por los suelos, que oliera a hierro y hubiera cajas llenas de cosas que normalmente no había en las casas, tornillos, toallas a montones, retales, zapatos de un solo pie, pero ahora le parecía un lugar muy bello.

Vivo salió estirándose.

—Ya verás qué maravilla, está todo blanco, se han borrado las aceras y los coches, aunque se ve la silueta... ¿Por qué no hacemos un muñeco de nieve cuadrado, como si fuera una escultura de cubitos, en vez de redondo y sin nariz de zanahoria que es más antiguo que la tos?

—Jo, perfecto, buena idea. Yo los muñecos de nieve solo los he visto en las películas... oye, nos tendremos que poner guantes, porque el hielo quema... creo que mi padre tenía por aquí una partida de guantes de barbacoa...

—Vamos a ver qué encontramos por aquí que sirva de nariz, alguna tuerca habrá...

—No, una tuerca no, mejor le ponemos una naranja de nariz —dijo Vivo mirando a una fruta solitaria que había encima de la mesa.

Cuando hacían algo juntos lo pasaban genial, a veces ni hablaban pero sabían que los dos, aunque fueran diferentes, siempre se querían divertir de la misma manera. Se entendían con una mirada.

Encontraron los guantes y se pusieron manos a la obra. Era maravilloso tocar la nieve, darle forma, mucho mejor que la plastilina. El muñeco les estaba quedando perfecto. Cantaban, perfilaban con las manos. Comentaban los pasos que iban dando... Todo iba sobre ruedas, hasta que en un momento dado se miraron con cara de decepción y pararon de golpe... Pasaba M., la vecina, que iba a comprar el pan. Cuando aparecía M. parecía que se apagaba la luz. No era fea, pero como siempre ponía caras raras, lo parecía. Era una niña con una voz desagradable, que siempre molestaba, decía cosas que no apetecía nada oír. Con una voz aguda comentó:

—Vaya muñeco más chungo.

—Tú si que eres chungo —le contestó Vivo rápidamente.

—Si no te gusta no mires —añadió Fan.

M. no dijo nada más, levantó la cara, escupió una cáscara de las pipas que estaba comiendo como una ardilla y se fue. Menos mal, porque así pudieron seguir trabajan-

do tranquilamente en la construcción del fabuloso muñeco.

En vez de bufanda le colocaron una rueda vieja, después le pusieron un pirsin en la barriga con una tuerca oxidada y como punto final, felices, la naranja de nariz.

Fan lo miraba emocionada, era casi perfecto, bien hecho y bien vestido. Pero había algo que le chirriaba. Tardó un rato en saber qué. Se quedó quieta, observándolo y viéndolo ahí tan estático se dio cuenta que le faltaba algo. Algo fundamental.

—Le falta vida —dijo en voz alta.

—¿Pero qué dices? Si es un muñeco.

—No, le falta algo, está precioso, pero le falta algo. ¿Tú sabes qué es lo que da la vida a las personas?

—No sé. ¡Me haces unas preguntas más raras de buena mañana! —le dijo Vivo.

—Pues está claro, lo que le da vida a las personas es el corazón. Y este muñeco no tiene. Hay que ponerle uno. Se me ocurre una idea. Ya sé lo que voy a hacer...

Y se puso a escarbar en la nieve hasta encontrar tierra y con la tierra mojada formó un corazón y dijo: “Esto servirá”. Abrió un hueco en el tórax del muñeco, lo introdujo con mucho cuidado en el lado izquierdo y lo

volvió a tapar con nieve. Se giró hacia Vivo y le dijo satisfecha:

—Ahora está completo.

Se quedaron mirándolo y el muñeco se movió.

—¡Se ha movido! —gritó Fan.

—Tú siempre ves fantasmas Fan, por eso te llamas así.

—No, te lo prometo, parecía como si respirara. Se le ha movido el pecho...

En ese momento, el padre de Vivo le llamó desde dentro:

—Vivo, ven un momento a ayudarme que vengo cargado del mercadillo...

Fan se quedó sola observando su obra y empezó a hablar con el muñeco:

—Hola, hola bola de nieve, o cuadrado de nieve más bien, ¡qué guapo eres! ¿A qué te has movido? ¿A qué sí?

No había terminado de hacer la pregunta cuando de repente, una luz muy fuerte de color lila pareció iluminar la nariz-naranja del muñeco, como si la enfocaran. El aire se paró, no sonaba ni un solo sonido, era como si el mundo se hubiera vuelto sordo, y a Fan le llegó una ola de calor como de agosto en la playa. Se mordió el labio y se quedó completamente quieta, con las mue-las completamente pegadas.

El muñeco se volvió a mover un poco y contestó:

—Sí, me he movido, pero está claro que como no tengo pies no puedo andar. Me veo obligado a estar siempre fijo en un mismo lugar y es un poco aburrido. Pero tengo que decirte algo importante: hacía muchos años que a nadie se le ocurría ponerme un corazón, darme vida, ¡has tenido una idea genial...! Creo que la última vez se le ocurrió a un niño Noruego, el siglo pasado...

Fan tragó saliva y se acercó un poco. En lugar de darle miedo, le hizo mucha ilusión que cobrara vida, pero el corazón le iba a mil por hora.

—¿Y qué se siente teniendo corazón? —le preguntó.

—Se siente uno con ganas de hablar y de hacer regalos. Que te den un soplo de vida es maravilloso, ¡es genial volver a hablar y a pensar...! Te voy a explicar algo, esto solo pasa una vez cada mucho tiempo. No es normal. Es una idea grande y luminosa la de poner un corazón a un muñeco, pensar que pueden llegar a ser casi humanos y, como muestra de agradecimiento, los muñecos de nieve estamos facultados para hacer un regalo único y mágico al que se le ha ocurrido la brillante idea, que por

otra parte es la única persona que puede vernos y oírnos respirar. Premiamos a los pensadores. Y como esa has sido tú, querida morenita, te voy a hacer el regalo de tu vida, prepárate para flipar. Mira, coge esta naranja que llevo por nariz, porque además es ridícula, y guárdatela. ¿Te gusta la naranja? Y aún te voy a hacer otra pregunta más importante, ¿te gustaría ser invisible?

—Sí, me gusta mucho la naranja, pero hacerme invisible no sé... —se tocó el pecho y los brazos, se le pasaron mil pensamientos por la cabeza y siguió—: Sí, sí que me gustaría, aunque no sé si me gustaría serlo para siempre.

—No, para siempre no, de vez en cuando. Cuando lo necesites, cuando una ocasión importante lo requiera.

—Pues la verdad es que si es así, sí. Siempre he soñado con ser invisible y he intentado imaginar qué sentiría. Por eso de pequeña me escondía en los armarios o debajo de las mesas y de las camas, para que no se me viera, para desaparecer.

—Esconderse en los armarios o debajo de algún mueble para desaparecer es típico de los niños a los que les gusta pensar... Pero bueno, a lo que iba, ahora tienes la

oportunidad de la invisibilidad total. Guarda esta naranja, que tiene dieciséis gajos, y cada vez que lo necesites, te tomas cuatro y rápidamente desaparecerás, te volverás completamente invisible. Podrás hacerlo cuatro veces porque cuatro por cuatro son dieciséis.

—¿De verdad? ¡Qué fuerte! ¿Y no me pasará nada malo? ¿Y cómo volveré a ser visible?

—No, no tiene efectos secundarios, no te pasará nada malo, mujer. Y para volver a ser visible es muy fácil: date una ducha y aparecerás. Ah, por cierto, además de verte invisible podrás traspasar paredes pero ten en cuenta una cosa: el efecto solo durará 24 horas seguidas. Y no te preocupes que esta naranja no se podrirá jamás. Ah, se me olvidaba, cuidado con la voz porque la voz no desaparecerá: si hablas te oirán. Y otra cosa importante, acuérdate, cuando se funda el hielo, es decir, cuando el pesado del sol me derrita, de guardar el corazón que me has puesto, así cuando me vuelvas a necesitar, me construyes otra vez, lo colocas y hablamos. No se te ocurra contárselo a nadie pues los poderes desaparecerán. Y ahora cambio y corto, que viene tu amigo.

Fan estaba temblando cuando volvió Vivo.

—Cómo tiemblas —le dijo.

Ella no podía ni hablar. Vivo se quitó el jersey y se lo pasó:

—Toma, ponte mi jersey, yo con la chupa ya tengo suficiente... Oye, ¿y la *nacri* dónde está?

—¿Qué es la *nacri*?

—La nariz en caló, en gitano. ¿Dónde está la nariz de naranja?

—Pues no tengo ni idea —mintió ella, agarrándola fuerte en el bolsillo—, se habrá caído.

—Bueno, da igual, la verdad es que no le quedaba muy bien, vamos a hacerle una con la propia nieve, como tiene que ser, nuestras narices no son de otro material sino que son también de carne, ¿no? Va a ser un muñeco único, sin igual.

—Ya lo es —dijo Fan. Seguía temblando y acariciaba la naranja pensando si lo que le había pasado era verdad o lo había soñado.

Para notar que estaba despierta, se clavó las uñas en la mano, se mordió los labios y miró a su alrededor. Abrió y cerró los ojos, y le pareció que el mundo seguía siendo el mismo. Estaba viva y todo era normal.

No le había dado miedo lo que le acababa de ocurrir, pero sí se había quedado muy impresionada. ¿Sería verdad todo lo que le había dicho el muñeco? Estaba claro que un muñeco de nieve no se mueve y habla solo para gastar una broma pesada, hubiera sido absurdo. Además, no tenía nada que perder por probar y le encantaban las naranjas, siempre las había mirado con simpatía por su forma, color y sabor. “El no ya lo tienes”, le aconsejaba siempre su madre, cuando no veía algo claro. “Ahora a por el sí”, pensó.

En eso estaba cuando volvió a pasar M.

—Un muñeco cuadrado, ¡vaya tontería!
—comentó antipática.

—Mira, niña, lo original no está hecho para personas como tú —dijo Fan como un resorte.

—A mi me gusta ser normal, no anormal como tú.

Fan le dio la espalda y M. siguió:

—Si no, mira el jersey que llevas puesto, tan ancho, cuando lo que se lleva es lo estrecho y el muñeco de nieve que has hecho... cuadrado. Tienen que ser redondos y con nariz de zanahoria, todo el mundo lo sabe —y escupiendo una vez más una cáscara de pipa se largó.

A Fan le dieron una ganas tremendas de probar si la naranja realmente la volvía invisible para ir a casa de M. y borrarle todos los videojuegos, o ponerle sal en la cama, o ir al colegio, entrar en el ordenador de la profesora, y suspenderle todas las notas, o lo que fuera. Y mientras lo pensaba vio como el muñeco negaba con la cabeza.

Estaba claro que para eso no podía utilizar sus dieciséis gajos.

Lo peor de tener esa naranja poderosa entre las manos era que no lo podía compartir con nadie, pues si lo contaba perdería los poderes. ¡Con lo que le apetecía confesarle todo a Vivo...! Iba a ser difícil mantener el secreto.

Se despidió de Vivo y pensó que era la primera vez en su vida que no le contaba algo. Le miró sintiéndose mala amiga. Y él notó algo raro:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque tengo frío, me vuelvo a casa a ver si entro en calor, además son las dos...

Se despidió del muñeco tirándole un beso, él le respondió guiñándole un ojo, y pensó que luego por la tarde volvería a hablar con él. Se había quedado con ganas de saber más cosas.

Al llegar a casa, pasó algo curioso, que a lo mejor a una niña menos observadora no le habría llamado la atención, pero a Fan sí. Su madre le había comprado un jersey precisamente de color naranja.

—Mira, hija, hoy han abierto por las segundas rebajas y he visto este jersey que es que ni pintado para ti, ¿no te parece bonito? Es un color muy vivo, así se te verá más.

—¡Qué gracia! —contestó Fan.

—Yo no se la veo, pero bueno. ¿Qué tal con Vivo?

—Muy bien, hemos hecho un muñeco genial.

Y para mayor casualidad su padre añadió:

—Después de comer, ¿qué te parece si vemos *El hombre invisible*? Acaba de salir en DVD y tengo muchas ganas de volver a verla. Está basada en una novela de Wells y es una película deliciosa...

Naranja, invisible. Si eso no eran señales, ¿¿¿qué eran???

Habían empezado a ver la película y, justo cuando el científico va a probar la droga que acaba de inventar para volverse invisible, la llamó Vivo angustiado:

—Ven, ven corriendo, es urgente: ¡han destrozado el muñeco!